



Libros
del malabarista

Ediciones Colihue

15 N 18

Ema Wolf

Barbanegra y los buñuelos

GRATUITA • PROHIBIDA SU VENTA / EN CASO DE VENTA, DENUNCIAR AL TEL. 0800.999.3672

282
L
1



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

MATERIA

Derech Kom

Material de distribución gratuita.

Ema Wolf



Barbanegra y los buñuelos



Libros
del malabarista

Ediciones Colihue



Carta a los chicos

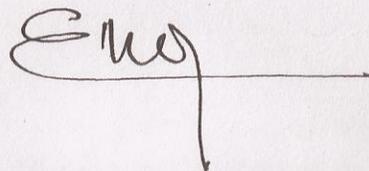


Hice muchos esfuerzos en mi vida por convertirme en una persona capaz de organizar algo y creo que en este libro lo logré: de los cuentos que lo integran no hay uno solo que tenga algo que ver con el que le sigue, con el anterior y con ninguno de los otros. Ése era mi propósito, y vean si no lo conseguí.

El primero trata de piratas y buñuelos; no tiene relación alguna con el segundo, que explica la verdadera historia de Cenicienta y su torpe hada madrina. A su vez nadie puede decir que haya puntos de contacto entre esta Cenicienta y el tercer cuento: un virrey acosado por una invasión de gatos. Luego sigue una obra de teatro en un solo acto que trata las desventuras de un señor que se ha extraviado a sí mismo. A continuación paso al problema de un par de medias separadas por un océano y de cómo le han tomado fastidio al agua, incluida la del lavarropas. ¿Qué mejor que saltar de inmediato a algo tan dispar como una historia de amor protagonizada por un alce canadiense? Para

completar, cierro el libro con el cuento de un fabricante de sombreros.

Esto ha sido una auténtica hazaña. Espero que ustedes, mis lectores, sepan valorar el tiempo, el esmero y la tremenda disciplina que me demandó lograr un caos semejante.





Barbanegra y los buñuelos

Lo que casi nadie sabe es que a bordo del barco del pirata Barbanegra viajaba su mamá.

Doña Trementina Barbane-gra —así se llamaba la señora— trepó por la escalerilla del *Chá-piro Verde* una mañana en que su hijo estaba a punto de hacerse a la mar. Subió para alcanzarle el tubo de dentífrico concentrado que el muy puerco se olvidaba.

El barco soltó amarras y nadie notó sino hasta tres días después que la señora estaba a bordo.

— ¡Madre!— dijo Barbanegra al verla.

— ¡Hijo!— dijo Trementina. Y se quedó.

El amanecer, el mediodía y el crepúsculo la encontraban en cubierta sentada sobre un barrilito de ron antillano atenta a los borneos del viento, vigilando el laboreo de las velas y desparrramando advertencias a voz en cuello. Nadie como ella para husmear la amenaza de los furiosos huracanes del Caribe, a los que bautizó con los nombres de sus primas: Sofía, Carla, Berta, Margarita...

Mientras tanto, tejía. De sus manos habilidosas salían guantes, zoquetes de lana, pulóveres y bufandas en cantidad. Los hombres de Barbanegra, abrigados como ositos de peluche, suda-

ban bajo el sol del trópico. El jefe pirata impuso castigos severos a los desagradecidos que se quejaban.

La cosa es que Trementina estaba ahí; día tras día meciéndose a la sombra de la vela mayor con los pies colgando del barrilito y sermoneando al loro cuando no se expresaba en correcto inglés.

Pero además —y éste es el asunto que importa— la señora Barbanegra hacía buñuelos.

Una vez por semana se zambullía en la cocina del *Chápiro Verde* y forjaba una media tonelada de buñuelos; que eran muchos, pero no tantos si se considera el peso de cada uno. La mayor parte se comía a bordo, el resto se cambiaba en las colonias inglesas por sacos de buena pólvora.

El último amotinamiento —lo mismo que los tres anteriores— se había producido a causa de los buñuelos.

Un artillero veterano dijo que prefería ser asado vivo por los caníbales de la Florida antes que comer uno más de aquellos adosquines. Efectivamente, cuando lo desembarcaron en la Florida se sintió el más feliz de los hombres.

Más que comerlos, había que tallarlos con los dientes. Se sospechaba que estaban hechos con harina de caparazón de tortuga y al caer en el estómago producían el efecto de una bala de cañón de doce pulgadas.

A Barbanegra le encantaban.

En Puerto Royal compraron una partida de polvo de hornear

para hacer más livianos los buñuelos, pero no sirvió de nada. La tripulación del *Chápiro Verde* había perdido todos los dientes. Ya nadie era capaz de sujetar el sable con la boca cuando saltaba al abordaje. Los hombres más rudos terminaron comiendo el pescado con pajita.

Barbanegra, en cambio, devoraba un buñuelo tras otro con formidable gula. Su madre, que vivía retándolo por esos atracones, terminó prohibiéndole que comiera más de cuarenta por día.

Hasta que sucedió lo que sigue.

Una madrugada de julio el vigía avistó un barco.

— Es francés —dijo Trementina Barbanegra sin levantar los

ojos del tejido—. Les vengo diciendo que es peligroso andar por estos lugares. ¡Pero para qué! Si me hicieran caso... etcétera, etcétera...

En efecto: era la nave del capitán Jampier.

El capitán Jampier no podía ver a Barbanegra ni en la sopa.

Los dos barcos se aproximaron amenazantes. Ninguno estaba dispuesto a rehuir el combate. Las tripulaciones hormiguearon por la cubierta amontonando municiones y afinando los trabucos.

—¡Te voy a hacer picadillo!
—gritó el pirata inglés.

—¡Y yo te voy a hacer paté!
—le contestó el francés.

Los hombres de uno y otro bando aullaron para infundirse coraje y meter miedo a la vez.

Cuando las naves estuvieron a poca distancia volaron los garfios de abordaje y en minutos las dos quedaron pegadas como siamesas.

Todos los franceses saltaron al barco inglés y todos los ingleses al barco francés. Los capitanes entendieron que así no se podía pelear. Ordenaron a sus tripulaciones dividirse; la mitad de cada una volvió a su respectivo barco para iniciar el combate. Y se inició.

Silbaban los sables. Tosían las armas de fuego. Sangraban los hombres por las narices y escupían muelas. Arreciaban los graznidos histéricos del loro y las protestas de mamá Trementina que trataba de proteger sus ovillos de lana. ¡La pelea era feroz!

Barbanegra y Jampier, desde los puentes de mando, se medían con la mirada. Lenta, sigilosamente, con movimientos de babosa, cada uno fue acercando la mano a la cintura donde guardaba la pistola.

En lo más recio del combate los piratas advirtieron lo que iba a suceder: sus capitanes estaban a punto de enfrentarse en un duelo personal. Dejaron de combatir. Todos los ojos en compota se posaron sobre esos dos demonios: Barbanegra y Jampier, Jampier y Barbanegra.

Durante cinco minutos nadie respiró.

La vista es demasiado lerda para percibir lo que pasó entonces. Las dos pistolas hicieron fuego al mismo tiempo.

¡¿Y?!

Un aro voló de la oreja izquierda de Jampier y se perdió entre los atunes del fondo del mar.

¡Pero su bala había dado en el pecho de Barbanegra!

Ustedes pensarán: murió.

No, no murió.

¡Un buñuelo! ¡Un bendito y providencial buñuelo se interpuso entre la bala y su cuerpo! Debajo de la tricota de lana Barbanegra había escondido un buñuelo de los que preparaba su madre, robado de la cocina la noche anterior. Al chocar con él, la bala se deshizo como un supositorio de glicerina sin herir al pirata.

Los hombres del inglés aullaron de felicidad. Locos de contento vivaban a su jefe y baila-

ban en una pata aunque fuese de palo.

¡No lo podían creer!

Jampier no entendió nada, pero rabiaba.

El combate se suspendió hasta nueva fecha y cada uno se fue por su lado.

Esa noche en el *Chápiro Verde* atronaron las canciones piratas festejando el episodio hasta que mamá Trementina mandó a dormir a todo el mundo.

Al día siguiente se creó la Orden del Buñuelo y desde entonces todos los hombres de Barbanegra llevaron uno colgado sobre el pecho.

Y dicen que eso los volvió invulnerables.



La cuestión del hada Tomasoli

Si se acuerdan de Cenicienta, se acordarán también del hada que apareció para ayudarla aquella noche en que hubo baile en el palacio.

Bien.

El hada se llamaba Tomasa Tomasoli. Era regordeta, bastante enana, más parecida a un pan de leche que a un hada.

Lo que quiero contar es qué pasó en realidad esa noche en la cocina. Porque yo creo que la verdad debe saberse cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

Hasta ese momento la historia es tal como ustedes la conocen:

la madrastra había llevado a sus dos hijas al baile con la esperanza de que alguna enganchara al príncipe y a Cenicienta la dejaron sola en la casa con una pila de platos por lavar. ¡Una porquería lo que hicieron!

Cenicienta lloraba. Entre moccos, se miraba los harapos del color de una batata olvidada en las brasas. ¿Quién iba a abrirle las puertas del palacio si se presentaba con esa facha?

Entonces apareció Tomasa. De dónde vino, no se sabe. Cómo se enteró de lo que le pasaba a esta chica, tampoco se sabe.

—No llores, pequeñuela. Yo te ayudaré —le dijo. Se arremangó y se puso a buscar en la cocina los ingredientes para hacer su magia.

En la canasta de las cebollas

encontró unos ratones. Los sacó al patio y allí los convirtió en seis hermosos caballos blancos con plumas en la cabeza.

Después descubrió a Helmut, el perro de la casa, que dormía abrazado a una escoba. Con un golpe de varita lo convirtió en un elegante cochero de librea y peluca.

Cenicienta no podía creer lo que veía. El perro y los ratones tampoco.

Tomasa sonrió satisfecha y continuó su obra.

En la puerta de la cocina descubrió al gato. Lo pescó justo en el momento en que se iba, con miedo de que esa trastornada lo convirtiera en olla o algo peor. Con el gato no fue tan fácil. Se resistió. Pero Tomasa lo sostuvo

firme por la cola y con un pase de magia lo transformó en un lacayo trajeado de terciopelo y medias finas.

A continuación el hada tocó el vestido de Cenicienta. ¡Increíble! Los feos harapos se volvieron un vestido rosado, esponjoso, divino, de esos como para no pasar papelones en una fiesta.

A esa altura lo único que quedaba en la cocina en estado normal era un zapallo.

Cenicienta le señaló al hada el zapallo. Estaba ansiosa por ver cómo convertía esa simple hortaliza en una carroza dorada.

Pero el hada se rascó la cabeza con preocupación.

—¿Qué pasa? —dijo Cenicienta dulcemente—. Necesito una carroza, ¿no?

Tomasa se puso muy inquieta.

Empezó a balbucear.

—Es que... yo...

—¿Yo qué, mi hada buena?

—Yo... ¿cómo te puedo explicar?

—¿Explicar qué?

Por fin el hada pudo decir algo:

—Yo, con el zapallo....sólo...

—¿Sólo qué?

—¡No me pongas nerviosa! Es que yo... Yo con el zapallo sólo sé hacer...

—¡¿Hacer qué?!

—... dulce —confesó Tomasa.

Bien.

La verdad de la historia es que Cenicienta no fue al palacio real en carroza sino —digámoslo de una vez— a pata. (De nada sirvieron los caballos, el cochero ni el lacayo. Mejor hubiera dejado

en paz a los pobres animales.)

Y que el príncipe se enamoró de ella perdidamente porque —además de ser hermosa y buena y todo eso que ya saben— ella le contó que tenía manos de hada para preparar el dulce de zapallo.

Y que después de la caminata de ida y de los muchos bailes que bailó, y pensando en el largo trayecto de vuelta que la esperaba, dejó en la escalera el zapato que más le molestaba: el izquierdo.

El resto del cuento es como ustedes lo conocen.

Pero me parece que siempre es bueno aclarar cómo ocurrieron de verdad las cosas.



El virrey Olaguer, y Feliú

Esto sucedió en Buenos Aires en el palacio del virrey Olaguer en el verano de 1798:

— ¡Por mil arcabuces! — tronó una mañana el virrey Olaguer— ¡Esta casa está llena de gatos!

Nadie se atrevió a contradecirlo. Primero, porque él era el virrey. Y segundo, porque era la verdad. El palacio estaba de gatos hasta el techo.

En las escalinatas, las caballerizas, los sótanos, las cocinas, el patio de limoneros, la sala capitular, había gatos de todos los colores.

Un rato después el virrey volvió a tronar:

—¡No los aguanto maaaaaás!
¡Saquen a todos estos gatos de aquí inmediatamente!

Sus razones tenía: acababa de abrir el baúl de las pelucas y encontró dentro cinco gatos parados jugando al mus.

Los secretarios obedecieron con presteza. En siete horas desalojaron el palacio de michos. No más gatos en los salones, en los dormitorios ni por doquier; aunque los buscaran con lupa. Los gatos eran pura ausencia. Nada se nota tanto como la falta de un gato. Y de trescientos cincuenta y nueve mucho más.

Unos días después —cuando ya eran apenas un recuerdo— se presentó en el palacio un gato

forastero. Pidió hablar con el virrey. Se llamaba Feliú.

—Ilustrísimo señor —le dijo con voz educada—, pasaba por aquí y pude oler que en vuestro palacio habita un repugnante ratón. Le ofrezco mis servicios para desalojarlo—. Hizo una reverencia.

El virrey quedó encantado con los modales del gato y aceptó la oferta. Razonó así: un ratón es un animal molesto; y después de todo un gato en la casa no es lo mismo que trescientos cincuenta y nueve.

Feliú dedicó los días que siguieron a atrapar al ratón, que nadie había visto pero él había olido.

Una tarde se dirigió al virrey, que en ese momento comía mazamorra con cuchara.

—Señor —dijo—, necesito un par de ayudantes para controlar la entrada de la cueva.

—Concedido —contestó el virrey, que de cuevas sabía mucho. Y siguió comiendo mazamorra con cuchara.

Dos gatos grises entraron como ayudantes de Feliú. Hacían turnos de cuatro horas junto a un agujero del zócalo. Pronto se vio que no eran suficientes: los gatos se dormían parados.

Feliú fue autorizado a traer ocho gatos más y la vigilancia se normalizó.

Pero el palacio era un colador de remiendos, pasadizos, trampas y cimientos apolillados. Evidentemente el ratón entraba y salía por otros agujeros, ya que nunca nadie logró verlo.

Para cubrir todas las aberturas Feliú propuso traer setenta nuevos gatos, y siete más para organizar los complicados turnos de guardia.

—Concedido —dijo el virrey, que de guardias sabía mucho.

Una tarde Feliú informó al virrey que había descubierto al ratón en el granero. Lo sorprendió comiendo como un cerdo y chupándose los dedos sucios de alpiste. Ya que era imposible sacar al ratón del granero, lo mejor era sacar al granero del ratón.

—Señor, necesito un batallón de camaradas para que me ayuden a poner el granero en lugar seguro.

A Olaguer le pareció una idea razonable.

—Concedido —dijo, y recordó que de graneros sabía bastante.

Ciento veinte gatos morenos transportaron dos mil kilos de alpiste a cien leguas de distancia. (¿Cuántos kilos de alpiste moreno se necesitarán para transportar dos mil gatos a cien leguas de distancia?)

El trabajo fue duro pero se hizo.

Los gatos fueron recompensados con latas de finísimas sardinas traídas por tierra desde Portugal.

Olaguer estaba muy impresionado con Feliú y la dedicación que ponía en deshacerse del ratón.

El día que Feliú le anunció que el ratón había atacado la biblioteca, el virrey volvió a tro-
nar.

—¡No lo aguanto maaaaaás!
¡Saquen a ese ratón de aquí inmediatamente!

Sus razones tenía: al parecer había devorado todos los libros de poemas y la última orden enviada por el rey de España, don Carlos IV, que vaya uno a acordarse qué decía.

Por suerte, Feliú traía la solución al problema.

—Señor, para evitar que ese ratón se coma los documentos importantes, habría que reemplazarlos por otros sin importancia.

—Concedido —dijo el virrey, que de documentos sabía mucho.

Feliú contrató ciento cincuenta gatos más, bien elegidos porque se trataba de una operación delicada.

Los libros y documentos fueron apilados cuidadosamente en la azotea y la biblioteca se ocupó con papeles uno más inútil que otro. Sobres usados, tarjetas de Navidad que llegaron con atraso, diarios viejos, papeles de envolver y hasta envases de jabón que donó un tal señor Vieytes.

Feliú se dio por satisfecho. Como aquel día de su llegada, se presentó ante el virrey e hizo una profunda reverencia.

—Ilustrísimo señor, el ratón no va a molestar nunca más. Acabo de verlo salir por esa puerta—. Y señaló una puerta.

El virrey Olaguer estaba emocionado. Abrazó a Feliú y a uno por uno de los trescientos cincuenta y nueve gatos, que desde ese momento custodiarían el palacio..., por si los ratones.

Intervalo teatral

Material de distribución gratuita.



Filipo, el extraviado

**(Drama de misterio
en un solo acto)**

ACTO

(Son las cuatro de la mañana en el living de una casa de Villa Devoto.)

Filipo.—Señor detective, lo llamé porque no me encuentro. He desaparecido. Hace tres días que no sé dónde estoy. ¿No le parece terrible?

Detective *(piensa)*.—Bueno, tres días no es mucho tiempo. Mi tortuga Inesita se fue hace una semana y todavía no volvió.

Pero claro, una tortuga es una tortuga y usted es usted.

Filipo.—Dígame la verdad, ¿cree que puede hacer algo por mí? ¡Me oigo pero no me veo! ¡Me busco pero no me hallo!

Detective.—Tranquilícese, hombre. ¿Dónde estaba la última vez que se vio?

Filipo.—En la cama, durmiendo.

Detective.—¿Y después?

Filipo.—Desaparecí sin dejar rastros.

Detective.—Digamos que desapareció y basta. Si dejó o no rastros corre por mi cuenta. ¿No dejó ninguna nota?

Filipo.—No. Ni una carta, nada...

Detective.—¿Hay algún bosque cerca? La gente suele perderse en los bosques.

Filipo (molesto). —¿Pero quién cree que soy? ¿Caperucita? ¡Soy un hombre grande! Además, por acá no hay bosques.

Detective.—¿Se buscó en los lugares que solía frecuentar?

Filipo. —Sí. No estoy en la casa de mi prima Ágata, ni en la oficina, ni en la cancha de bochas de la estación. Es más: Ágata me llamó ayer muy extrañada porque no fui a comer los raviolos del domingo.

Detective. —Es raro. Usted debe ser bastante distraído porque nadie se pierde de esa manera. En fin, voy a tratar de encontrarlo. Usted sabe que cobro bastante...

Filipo. —Sí, sí, ya lo sé. Pero no me importa lo que cueste. ¡Imagínese, se trata de mí!

Detective.—Cálmese y déme sus datos. (*Saca una libretita y un lápiz.*) ¿Cuánto mide?

Filipo. —1,60.

Detective.—No es mucho. (*Anota.*) ¿Cuánto pesa?

Filipo.—98 kilos y medio.

Detective.—¡Uau! (*Anota.*) ¿Y cómo anda del hígado?

Filipo. —Mal. Como para dárselo al gato.

Detective.—Ajá. (*Anota.*) ¿Y del colesterol?

Filipo. —Tengo 320.

Detective. —Es mucho. (*Anota.*) Ahora dígame una cosa: ¿usted es sonámbulo?

Filipo. —No, pero...

Detective.—¿Pero qué? ¡Hable!

Filipo.—Nada, nada.

Detective (*piensa y muerde el cabo del lápiz*). —¿Me permite

inspeccionar su habitación?

Filipo.—¡Cómo no! Pase. La llave de luz está a la derecha.

(El detective va al dormitorio de su cliente. Vuelve cuatro minutos más tarde. La cara le rebalsa de astucia.)

Detective.—Su camiseta de dormir está salpicada con unas sospechosas manchas rojas. ¿Quiere decirme de qué son?

Filipo.—¿Esas? No, no sé. Yo...

Detective (*severo*). —¿Y ese cuchillo que hay en la mesa de luz es suyo?

Filipo.—¡No sé! ¡Ay! ¡Sí, es mío!

Detective (*severísimo*). —¡BASTA! ¡Lo descubrí! Tengo muchos años en este oficio, señor mío.

(El detective va a la cocina y abre la heladera. Adentro está su cliente sentado sobre una pila de panqueques de dulce. Cuando se ve descubierto, salta de la heladera gritando de alegría.)

Filipo.—¡Aquí estoy! ¡Me encontré, por fin! *(Se toca el cuerpo para estar seguro de que es él.)* Gracias, muchas gracias, ¿cómo lo hizo?

Detective.—Muy fácil. No se necesita ser Sherlock Holmes para descubrir que usted es un gordito goloso de los que se llevan a la cama el helado de frutilla, y el dulce de membrillo y hasta ¡EL MATAMBRE DEL MEDIODÍA! De todo eso hay restos en su cuchillo y en su camiseta de dormir. Conclu-

sión: se levanta de noche para saquear la heladera y por comer se olvida de cualquier cosa.

(El cliente se pone colorado hasta la raíz del pelo. No puede decir nada porque es la pura verdad. Le paga al detective, le regala un yogur entero y lo despide agradecido.)

Fin

Material de distribución gratuita.



Las medias hermanas

Cualquiera sabe que las medias no pueden estar una sin la otra. Como las castañuelas y las orejas, para estar completas tienen que ser dos. Y si por alguna razón quedan separadas, se preocupan.

Clotilde y Matilde formaban un par de medias de lana a cuadros amarillos, verdes y rojos. Pertenecían a un soldado de la infantería escocesa.

Por esas cosas de la milicia el soldado fue a parar a Alaska y allí olvidó una de sus medias.

De Alaska lo mandaron en

campana a Egipto y allí perdió la otra. Por mucho que la buscó al pie de las pirámides, nunca apareció.

A la media perdida en Alaska la encontró un leñador que resolvió usarla de gorro en las mañanas frías. (Allí casi todas las mañanas son frías.)

La media perdida en Egipto, a su vez, sirvió de bolsa de dormir a un escarabajo que estudiaba la momia del faraón Amenhotep III.

Una a otra se escribían cartas desde esos lugares remotos. Cartas llenas de nostalgia.

Querida Matilde:

No la paso tan mal aquí, pero el clima de Alaska no me sienta. Además,

tengo alergia a las agujas de pino y por desgracia hay muchos pinos en este sitio. Digo yo: ¿nos volveremos a ver algún día? No tengo con quien conversar. Te extraño mucho.

Clotilde

Y Matilde contestaba:

Querida Clotilde:

¡Estoy harta del olor a faraón rancio! Este animal se cree de verdad un experto en momias. Me parece que está loco. No, no me parece: está loco. Vive desvelado y de noche lee piedras en vez de libros. Cloti, ¿te acordás de cuando estábamos juntas en las botas del escocés?

Matilde

Y así siguieron largo tiempo.

Un día al leñador se le enganchó el gorro en la rama de un abeto y ni cuenta se dio. La media —¿o el gorro?— quedó colgando del árbol, quieta y sola a la intemperie.

Un turista español que paseaba con su mujer vio el gorro —¿o la media?— y se asombró mucho.

—¡Qué frutas tan raras dan los abetos en Alaska! —le comentó a su mujer—. ¿Serán ricos, Maripichi?

Y tomando la media la mordió en el talón.

—Tiene gusto a pie. De todos modos vamos a llevarla a casa. Adentro tendrá semillas. De allí sacaremos nuevos abetos, que son tan bonitos.

—Tal vez sirva para hacer dulce —dijo la Maripichi, que hacía dulce hasta de las tuercas.

Y así fue cómo Clotilde emprendió viaje a España, primero en avión y después en un barco que de noche, iluminado, parecía una kermés.

Matilde, por su parte, también andaba en problemas.

En Nueva York se organizó una exposición sobre Amenhotep III y el alcalde pidió prestado al gobierno de Egipto la momia correspondiente.

El escarabajo, naturalmente, estaba dispuesto a viajar con su momia. Y con él viajaría su media —¿o su cama?

Así fue cómo Matilde partió rumbo a América escoltando al faraón embalsamado.

En algún punto del Atlántico el barco que llevaba a Clotilde y el que llevaba a Matilde se cruzaron.

Casualmente ese día a esa hora las dos medias estaban tomando fresco en la cubierta. Y se vieron. ¡Para qué!

Empezaron a gritar como locas y a correr de una punta a la otra del barco agitando los brazos.

Un capitán izó la bandera que en el código de señales marítimas quiere decir: "Tengo una media enloquecida a bordo".

El otro le contestó con otra bandera: "Yo también".

Tal era el afán por saludarse que las dos saltaban peligrosamente junto a la borda. ¡Y sucedió lo peor!

Ante los ojos aterrorizados de los pasajeros Matilde y Clotilde cayeron al agua.

Gritos de auxilio. ¡Media al agua! Órdenes cruzadas. Maniobras de salvataje. Emoción. Suspense.

Un oficial las pescó con el mediomundo cuando ya habían absorbido toda el agua que puede absorber una media de lana. Tal fue el susto, que se pusieron completamente blancas y nunca más recuperaron los alegres colores escoceses.

Pero estaban juntas otra vez. Felices de encontrarse después de tanto tiempo, hablaron una semana sin parar.

Un chico que viajaba a bordo les tomó simpatía y se quedó con ellas. Las llevó a su casa. Ahora

viven en un par de zapatillas que corren todo el día detrás de una pelota.

Después de aquel chapuzón, las pobres le han tomado aprensión al agua. Se sienten mal apenas escuchan el ruido de una canilla abierta. ¡Y ni les cuento cuando las lavan! Por eso mejor no insistir.



Amor en el bosque

El profesor Gropius es un naturalista.

Cuando se hartó del calor y las pulgas de los monos del Amazonas se fue al Canadá para estudiar la conducta de los alces. Le interesaba en especial el cortejo de los alces enamorados.

Una vez allí reclutó un par de ayudantes canadienses y montó el campamento al borde de un lago rodeado de colinas y bosques encantadores.

Como gesto de bienvenida el guía le regaló un cuerno. El profesor dedicó la primera ma-

ñana de su estadía, completa, a soplar el cuerno, que sonaba con un berrido insufrible. Cuando se convenció de que dominaba el instrumento ya era hora de almorzar.

Iba por la última cucharada de postre cuando sintió algo así como un felpudo húmedo que le rozaba el cuello. Un hocico descomunal se apoyó dulcemente sobre su hombro y de las narices brotó un suspiro que le entibió la oreja.

Dos segundos le llevó darse cuenta de que tras él había una hembra de alce de quinientos kilos de peso, muy interesada en su persona.

Gropius se enteró así de lo que debió haberse enterado antes de soplar: que el cuerno imitaba la

voz del alce macho en época de celo llamando a su amada.

Y ahí estaba ella, dócil y tierna, con ojos nada más que para Gropius —¿quién la había llamado acaso?—, mimosa como una mimosa, completamente enamorada. De él.

El guía la reconoció:

—Es Amelia —dijo.

Al profesor le daba lo mismo que fuera Amelia o cualquier alce hembra de los bosques canadienses. Salió corriendo despavorido dispuesto a que lo tragara la espesura, pero Amelia lo siguió. Y ya no quiso separarse más de él.

Fueron días de infierno para Gropius. ¿Cómo convencer a un alce de su error? ¿Es que había error? No por parte de Amelia,

sí del profesor que había hecho sonar irresponsablemente el cuerno.

El paisaje se prestaba para el amor, pero Gropius nunca había amado a un mamífero rumiante.

Pensaba que Amelia era demasiado alta para él. Además le molestaba la barba húmeda; no que tuviera barba, sino que fuera húmeda. No sabía de qué conversar con ella. Tampoco quería mortificarla. Le costó mucho decirle que tenía esposa, lo cual era cierto. ¿Qué pensaría la señora Gropius de esa situación? Ya bastante disgusto le había causado su escapada a la selva con los monos; encima esto.

Amelia, entretanto, era un modelo de devoción. Vivía pegada a los talones de Gropius, pen-

diente de sus gestos, revoleando los ojos de cariño. No comía sino de la mano del profesor, de modo que todas las mañanas salían juntos a recoger tallos tiernos y hojas de nenúfares.

Los ayudantes grabaron en la corteza de los árboles corazones con las iniciales A y G. A Gropius no le hizo gracia el chiste.

Desesperado, optó por ofrecer el cuerno a cualquiera que pasara por el bosque.

—Toque, va a ver qué bonito suena —decía, con la esperanza de que Amelia se pegara al nuevo candidato; pero nadie tocaba.

Un amanecer se escuchó en la espesura un bramido fragoroso, desafiante, irresistible; un solo bramido, uno solo, que el eco multiplicó hasta envolver el va-

lle. Sobre la colina vieron el perfil soberbio de un alce de casi dos metros, pecho de navío y cornamenta espléndida.

El guía lo reconoció.

—Es Gaspar —dijo.

Amelia no dudó un segundo.

Gropius la vio alejarse trotando con felicidad rumbo a la colina.

Al profesor le daba lo mismo que fuera Gaspar o cualquier alce macho de los bosques canadienses. Cavó un pozo, enterró el cuerno y se metió en la tienda muerto de celos. No volvió a salir hasta que terminó de rumiar los celos.

Mientras tanto los ayudantes siguieron grabando en la corteza de los árboles corazones con las iniciales A y G.



Bajo el sombrero de Juan

Nadie en Sansemillas fabricaba los sombreros como Juan.

Los más empinados, los más vivos, los más galantes sombreros salían de sus manos. Sombreros de copa, de medio queso, redondos, triangulares, de fieltro, para días nublados, para noches de luna, amarillos, violetas y hasta sombreros grises para saludar que, sin ser ninguna rareza, también los fabricaba Juan.

Una vez entre otras fabricó un sombrero de jardín de ala muy ancha con una cinta verde alrededor de la copa. Le llevó un día

largo terminarlo. Era tan grande que no cabía dentro de su casa. Lo llevó al jardín y se lo probó. Le quedaba muy bien. Era de su medida.

—Me gusta —dijo—. Me quedo con él.

Un sombrero tan grande lo protegería del sol, del granizo, de las hojas que caen en otoño y otros accidentes.

De pronto Juan estiró la mano y la sacó fuera del sombrero.

—Llueve —comentó.

Pero ahora ése era un detalle sin importancia.

El perro de Juan, que había estado durmiendo entre los rosales, se acercó corriendo y le tironeó el pantalón con la mano.

—Me quedo debajo de tu sombrero hasta que pase la lluvia —anunció.

—Bueno... —dijo Juan—. Será cuestión de esperar un poco.

Casi enseguida se acercó una vecina que llevaba una gansa atada de un piolín.

—¡Qué tiempo loco! Menos mal que encontramos un techo para guarecernos —comentó la gansa.

Y allí se quedaron las dos.

Unos cazadores que la habían escuchado se acercaron con interés.

—La lluvia nos apaga el fuego del campamento. Y un campamento sin fuego no es un campamento —argumentaron.

Así fue como se quedaron cazadores, vecina, gansa, fuego y perro, todos bajo el sombrero de Juan.

La lluvia seguía, tranquila...

Poco a poco se fueron arri-
mando los hombres y las muje-
res del pueblo.

—¿Podemos quedarnos aquí?
—preguntaban.

—Pueden —les decía Juan. Y
entonces ellos, ya con confian-
za, amontonaban jaulas, chicos,
terneros y muebles bajo el ala
del gran sombrero.

La lluvia alcanzó por fin a los
pueblos cercanos y pronto todo
el país de Sansemillas golpeó a
las puertas del sombrero bus-
cando abrigo.

Llegaron los paisanos de a pie
y de a caballo, los empleados de
correo, toda la flora, toda la fau-
na, y también los fabricantes de
paraguas.

Juan los recibía amablemente
y se disculpaba porque no tenía

muchas comodidades para ofre-
cerles.

No hubo problemas entre los
parroquianos del sombrero.

Sólo un roce se produjo. Fue
cuando un granjero reconoció
en la capelina de una dama las
plumas de una gallina de su
propiedad. Devueltas las plumas
a la legítima gallina, se hizo la
paz.

El embajador de un país veci-
no, sorprendido por la lluvia,
pidió asilo bajo el sombrero. De-
trás de él llegó el país mismo, y
como era más bien tropical se
vino cargado de bolsas de café,
loros y caimanes que rasgaban
las medias de las señoras.

Pronto algunos países de los
alrededores imitaron al de los
loros y los caimanes.

—¿Podemos quedarnos hasta que aclare? —preguntaban.

Y Juan hacía un lugarcito para que entraran sus plazas, monumentos y museos.

Como sin querer empezó a llegar gente de lugares tan lejanos que Juan ni siquiera había oído hablar de ellos. Traían osos blancos y animales de cuello fino, que hicieron buenas migas con el perro primero de Juan.

Gente de piel roja trajo sus canoas pensando en el diluvio y hombres de piel amarilla trajeron regaderas calculando que a la lluvia siempre sucede la sequía.

Llegaron los capitanes con sus portaaviones, los batallones de soldados y los sabios, que siempre salen sin impermeable.

Algún loco trajo también la arena de las playas y los acantilados, como si fuera necesario proteger todo eso de la lluvia.

Un continente grande y otro formado de islas pequeñas se acercaron ronroneando.

El último en correr bajo el sombrero trajo un lío de avenidas, vías férreas, paralelos y meridianos, todo confundido y hecho un ovillo.

Por fin no entró nada más bajo el sombrero de Juan. No porque faltara espacio o buena voluntad sino porque ya no quedaba nada ni nadie por llegar.

Juan se estiró mucho para sacar la mano fuera del sombrero.

—Ya no llueve —dijo tranquilo—. Es hora de que cada uno vuelva a su lugar.



Índice

Carta a los chicos	3
Barbanegra y los buñuelos	9
La cuestión del hada Tomasoli	21
El virrey Olaguer, y Feliú	29
Intervalo teatral	
Filipo, el extraviado	41
Las medias hermanas	51
Amor en el bosque	61
Bajo el sombrero de Juan	69

Estos libros son para:

- Los valientes que leen solos.
- Para los curiosos que recién empiezan, pero saben pedir ayuda.
- Para los pininos que no distinguen la O de un huevito, pero pueden pedir que se los cuenten.
- Para los chicos que quieren libros “todos llenos de letras”, como los de los grandes.

ISBN 978-987-684-885-5



9 789876 1 848855
www.colihue.com.ar



800

V

5